

Ha sido muy comentada la facilidad con que soltaba el llanto Porfirio Díaz, lo mismo en público que en privado. Hombre apasionado en la milicia y en la política



Dos Siglos de Historia...
EN EL SIGLO DE TORREÓN

Coordinación de la serie:
Yeye Romo Zozaya



"El Caballito" del escultor Manuel Tolsá, era vecino de Ignacio de la Torre y Mier y Amada Díaz en su residencia del Paseo de la Reforma, cuya fachada se aprecia al fondo.

PORFIRIO DÍAZ,

íntimo (TECERA Y ÚLTIMA PARTE)

POR DOMINGO DERAS TORRES
EL SIGLO DE TORREÓN

A despuntar el Siglo XX, Porfirio Díaz se encontraba en el cénit de su carrera política, los adláteres de la dictadura publicitaban dentro y fuera del país la paz social de que gozaba México, la que argumentaban contribuyó al progreso económico que alcanzó índices de crecimiento como nunca antes en su historia. Sin desestimar las justificaciones críticas que le plantean sus detractores, la administración porfirista también tuvo éxitos y benefició a poblaciones como Torreón, cuyo desarrollo se disparó gracias al ferrocarril, medio de transporte que impulsó en el ramo de las comunicaciones. La decisión de fijar el tendido de las vías ferroviarias sobre los terrenos que hoy conforman nuestra ciudad, fue la clave para que una ranchería se transmutara como por arte de magia y, en muy pocos años, en una gran urbe que fue elevada al rango de ciudad el 15 de septiembre de 1907. Desde entonces, y para orgullo de nosotros los torreonenses, "La Perla de La Laguna" está posicionada en la estadística nacional como una productiva, importante, dinámica y moderna metrópoli.

EL YERNO INCÓMODO

Amada Díaz Quiñones, la hija mayor y predilecta de Porfirio, casó el 16 de enero de 1888 con el acaudalado heredero y empresario Ignacio de la Torre y Mier, quien tenía propiedades urbanas y latifundios rústicos en varios lugares del país. De la Torre fue un gran productor de caña de azúcar. Una de sus hermanas, Susana, contrajo matrimonio con el conde Maxence de Polignac, pareja que entre su descendencia se encuentra el actual Príncipe de Mónaco, Alberto II, su bisnieto por línea paterna; por lo tanto, el que fuera el controvertido yerno del general Díaz —el ya referido Ignacio— es tío bisabuelo del jefe de estado monegasco. Emiliano Zapata fue su caballero en la Ciudad de México, cuando el Caudillo del Sur regresó a su tierra, expresó: "Los caballeros de los ricos de la capital viven mejor que los campesinos de Morelos".

"Nachito", como fue llamado popularmente, fue diputado federal y tuvo aspiraciones fallidas —por sus escándalos a la gubernatura del Estado de México. Los De la Torre-Díaz fijaron su residencia en una casona estilo francés en el actual cruceo de Paseo de la Reforma y avenida Juárez de la capital. Al correr el tiempo, el inmueble pasó a ser sede de la Lotería Nacional, el que fue demolido para erigir un moderno edificio que sigue albergando sus oficinas y salón de sorteos. El matrimonio fue un fracaso, pues Ignacio llevó una vida licenciosa y distante de su esposa; era una relación indiferente, gélida, carente de amor y pasión marital. Se dice que él vivía en unas habitaciones de la finca, al extremo contrario de las de ella, quien soportó con abnegación aquella ficción conyugal conocida por muchos. Solamente alternaban en los compromisos de alta sociedad y los que demandaba el protocolo presidencial.

Durante la noche del 18 de noviembre de 1901, en el número 4 Callejón de La Paz de la colonia Tabacalera, un gendarme avistó a varios sujetos vestidos de mujer que ingresaban a una casa. Se acercó, y con sorpresa advirtió que era una fiesta que rompía los esquemas de un convite tradicional, dio parte a sus superiores que enviaron más elementos policíacos y practicaron una "razzia". Se reportó que

uno de aquéllos "raros" sujetos era Ignacio de la Torre y Mier, quien, afirmaron, fue reconocido y desembolsó una buena cantidad de dinero para que lo dejaran huir por la azotea; entre los concurrentes había vástagos de familias prominentes del Porfiriato. Los detenidos fueron 42, pero al escapar el yerno del general Díaz la cifra quedó en 41, número que desde entonces la picaresca mexicana adjudica a los homosexuales y del que Carlos Monsiváis escribió "es la cifra del choteo".

El suceso fue noticia que se propagó como relámpago de boca en boca. El general Díaz fue informado de la comprometedor situación en que fue sorprendido su yerno, evento que irritó el semblante presidencial, y De la Torre fue llamado por su suegro para una entrevista. De aquel desagradable y ácido encuentro, poco o nada se supo, aunque la lógica deduce que hubo una fuerte reprimenda por parte del caudillo. Porfirio también conversó con su hija Amada, a la que le manifestó su apoyo en caso de que optara por la separación de su esposo, ante la crisis conyugal derivada del escándalo; ella prefirió sobrellevar la pena. Eran los tiempos en que las mujeres que dejaban al marido eran mal vistas por una sociedad discriminatoria, mojigata, machista y abigarrada de prejuicios.

El famoso grabador José Guadalupe Posada, caricaturizó "El Baile de los 41" en la publicación "La Hoja Suelta" de su amigo el editor Antonio Venegas Arroyo, la que se repartía de mano en mano en la calle. En la parte inferior del dibujo se versificó en cuartetas satíricas el suceso, la edición desencadenó la burla pública que causó inflamado esbozo en la familia presidencial. Amada tuvo que soportar las crueles murmuraciones "vox pópuli".

Después del destierro de Díaz, en 1911, Ignacio y Amada siguieron viviendo en México. De la Torre y Mier fue un acérrimo antirrevolucionario, durante los días de la Decena Trágica en 1913 cooperó con los asesinatos de Francisco I. Madero y José María Pino Suárez, ordenados por Victoriano Huerta. Proporcionó uno de los dos vehículos que se utilizaron para llevar al Presidente y al Vicepresidente de Palacio Nacional a la cárcel de Lecumberri, trayecto en el que

fueron ejecutados por Francisco Cárdenas y sus pistoleros. Años después, el yerno de Díaz fue aprehendido por órdenes de Carranza y estuvo preso en Lecumberri, donde Amada lo visitaba ante la mirada escrutadora de la comunidad de reclusos. Zapata intercedió por él para que fuera liberado, pero De la Torre lo defraudó al hacerle pasar por militar y cometer abusos, por lo que lo mandó detener y le fijó arresto domiciliario en Cuernavaca y luego en Cuautla. Al ser sitiada esta ciudad por los carrancistas, entre la confusión huyó y logró llegar a los Estados Unidos; en Nueva York fue operado de hemorroides y falleció el 1º de octubre de 1918. Desde luego, no faltaron los maliciosos comentarios sobre la causa de su muerte. (El Álbum de Amada Díaz. Autor: Ricardo Orozco. Editorial Planeta. México, 2003).

Y PORFIRIO SABÍA LLORAR...

Ha sido muy comentada la facilidad con que soltaba el llanto Porfirio Díaz, lo mismo en público que en privado. Hombre apasionado en la milicia y en la política, "El León de Oaxaca" era susceptible a las emociones de la vida, lo mismo las que procedían de la felicidad o la tristeza. En esta vertiente de su personalidad, contrastaba con la de otros políticos de su tiempo como Benito Juárez, José María Iglesias y Guillermo Prieto, quienes sabían controlar sus emociones en situaciones dramáticas; el metálico espíritu de Juárez hizo gala de serenidad en las horas de la tragedia.

En 1874 logró ser diputado federal. Por ese entonces, el gobierno de Sebastián Lerdo de Tejada pretendía bajar el sueldo de los soldados jubilados y en activo; Díaz, junto con otros legisladores de origen militar, no estuvieron de acuerdo con el proyecto y formaron una coalición opositora en el congreso. Su excondiscípulo en el Seminario de Oaxaca y quien fuera su Secretario de Gobierno cuando fue gobernador de aquella entidad, Justo Benítez, lo animó a que subiera a la tribuna para que pronunciara un discurso en defensa de los salarios que el lerdismo pretendía reducir. Accedió y su intervención fue muy desafortunada, pues no pudo hilvanar las frases más elementales de un mediano orador, titubeó, lo dominaron los nervios y de-

rramó lágrimas ante la concurrencia.

Durante la Revolución de Tuxtepec que lo llevó al poder, sus tropas libraron una batalla contra el ejército lerdistista el 20 de mayo de 1876, en la localidad de Icamole, Nuevo León, donde fue derrotado por los generales Mariano Escobedo y Carlos Fuero. Narran las crónicas que Porfirio, al ver el desastre de su derrota, sollozó ante la presencia de sus impresionados soldados y esa actitud le acarreo que fuera motejado como "El Llorón de Icamole". (Elevación y Caída de Porfirio Díaz. Autor: José López Portillo y Rojas. Editorial Porrúa. México, 2006).

SUS AFICIONES

En sus ratos libres, fuera de la vida oficial, Porfirio Díaz tuvo como pasatiempos el juego de naipes que frecuentemente realizaba con su secretario particular, Rafael Chousal, el que manejaba su correspondencia y transcribía sus escritos eliminando las faltas de ortografía de su jefe. En el Castillo de Chapultepec, donde él y Carmen su esposa pasaban el verano, mandó construir un boliche e instalar un billar y fue afecto a la calistemia (ejercitación física que estimula los músculos). También practicaba la natación y le gustaba montar a caballo; la cacería fue otro de sus "hobbies", viajaba al interior del país para cazar especies silvestres en compañía de algunos de sus amigos.

En la Ciudad de México, la alta sociedad le estructuró un círculo íntimo que lo invitaba a presidir bailes, eventos culturales y ceremonias conmemorativas donde se procuraba fuera acompañado de su esposa. A Díaz le agradaba acudir al Jockey Club, el famoso lugar de encuentros del "jet set" porfiriano, ubicado en el "Palacio de los Azulejos" (actual "Sanborn's" de la calle Madero), donde los concurrentes podían recrearse con juegos de salón, un bar con gran surtido de vinos, disfrutar los salones de lectura, los gabinetes de fumar donde se hablaba de política y negocios. Pertenece a este exclusivo centro social equivalía a ser un triunfador y acceder al esplendor de la riqueza del régimen; figurar en las páginas de sociales de los periódicos, era un hábito obsesivo de los vanidosos, las notas se caracterizaban por su ridícula redacción.



Porfirio Díaz y su hija consentida Amada, en París, en 1913. La hija fue a visitar a su padre en el exilio.



Porfirio Díaz, el primero de izquierda a derecha, de cacería con un grupo de amigos.

Así se divertía aquella seudocristocracia cursi y frívola, ajena a la injusticia social que sufría la mayor parte de la población. ("Crónica Ilustrada de la Revolución Mexicana". Director de la obra: Vicente Casarubias. Editorial Publex, S.A. México, 1966).

EN EL LEJANO PARÍS

Al renunciar al poder el 25 de mayo de 1911, Porfirio Díaz se exilió en la capital de Francia. La década de los dieces del siglo pasado, fue trágica para algunos monarcas que fueron derrocados y corrieron igual suerte que el expresidente mexicano: El zar Nicolás Alejandro II de Rusia, cayó el 20 de marzo de 1917; El emperador Carlos I de Austria, el 11 de noviembre de 1918; y el káiser Guillermo II de Alemania, el 9 de noviembre de 1918. Díaz, quien ha sido el soldado más condecorado en la historia militar de México, vivió en París el arranque de la I Guerra Mundial cuya conclusión ya no vio en 1918, la que alteró el mapa político de Europa. Falleció en su casa de la calle Bosques de Bolonia (hoy avenida Poch) a las 6:30 de la tarde del 2 de julio de 1915.

Siempre tuvo la ilusión de volver a su patria y finiquitar su condición de trasterrado. A su regreso del exilio, a principios de la década de los treinta del siglo pasado, Carmen, su viuda, concedería tiempo después una entrevista a la periodista torreonense Magdalena Mondragón, quien trabajaba para la revista "Hoy". Relató los largos días de nostalgia que vivió su marido en París. En sus ratos de soledad, Porfirio Díaz invocaría a Petrona su madre, la recia matriarca que

sacó adelante a él y a sus hermanos huérfanos; recordaría la efígie de su sobrina Delfina, su primera esposa; los campos de batalla donde venció y vio morir aliados y enemigos; las ceremonias solemnes donde fue condecorado por los embajadores extranjeros que lo colmaron de honores; los valles y las sierras de su querida Oaxaca que lo vieron crecer; sus paseos a pie y a caballo por el hermoso Bosque de Chapultepec; contemplaría su banda presidencial que tuvo que guardar y que ya no pudo lucir en público; y vería, melancólico, las fotografías que consigo llevó a un viaje sin retorno y que lo hicieron revivir, con emotiva felicidad y tristeza, los grandes momentos de su vida en México.

Los destierros calan y duelen a los gobernantes derrocados. Es un sordido ostracismo que aísla, esclaviza y deprime al que lo vive. Esa lejanía de la patria y de sus seres queridos llagaron el corazón de Porfirio Díaz, al que la historia oficial le ha negado su ingreso a los altares de la patria, sitio en el que fueron alojados otros héroes a los que defendió y combatió en su vida. Así es la política: inquisitiva, impredecible, desgastante, cruel e intransigente con algunos de sus protagonistas. Varios historiadores y escritores, en este año del Bicentenario de la Independencia y la Revolución, han hablado que ya es hora de la reconciliación de la figura del general Díaz con la historia y las nuevas generaciones de mexicanos. El tema es y seguirá siendo polémico, quizá tendrán que transcurrir más años para continuar con la evaluación de esa posibilidad. El tiempo lo dirá.